

# ELIZABETH ZÚÑIGA

## La bestia

LA EMOCIÓN de la primera vez humedecía sus ropas. Caminaron hasta el teléfono público. Una sensación de nerviosismo los invadió. La escena, imaginada tantas veces, se convertiría en realidad. Él no atinaba a marcar el número correcto. Las manos le sudaban. Finalmente, la línea comenzó a sonar al otro lado. Sus piernas temblaron en una mezcla de excitación y temor. A pesar del viento de noviembre, un calor inusual cubrió su cuerpo.

—Contestaron —dijo mirando los ojos de ella.

Levantó la vista hacia una ventana del cuarto piso del edificio de enfrente.

—Es ahí —señaló él con cierta preocupación.

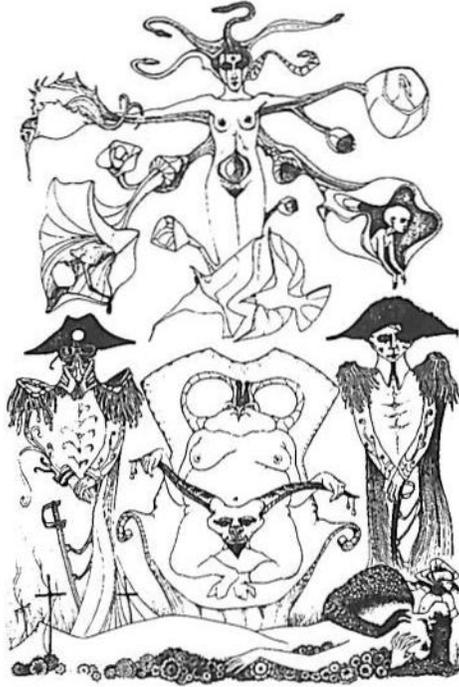
Alguien los observaba. Habían planeado un encuentro así por tanto tiempo. No permitirían errores. La discreción y la intimidad ante todo. Eso acordaron desde el principio. Debía ser un secreto. Su secreto.

Colgó la bocina. Sus respiraciones eran casi imperceptibles. Se tomaron del brazo y él la condujo despacio hasta la entrada.

—¿En qué piso es? —preguntó ella sin esperar respuesta—, ¿cuántos escalones serán? Tres, cuatro... diez.

Al llegar a treinta, dejó de contar. De cualquier forma no importaba, era sólo un recurso de evasión. Ninguno de los dos quiso imaginar cómo iniciaría la conversación, pero seguramente iba a ser algo estúpido: tres desconocidos frente a frente... así.

Antes de tocar, sus ojos se encontraron en una extraña comunión que no se había dado antes. A pesar del tiempo que llevaban juntos: fue de nuevo como la primera vez. Había más que complicidad en sus miradas. Él le susurró cerca del oído: «Estoy contigo, no temas. Es tu sueño». Apretó con fuerza las diminutas manos e hizo sonar el timbre.



*Los cainitas III, 1960-75.*

—Pasen, creí que no vendrían —dijo algo inquieto, un joven de piel oscura que abrió la puerta.

Se presentaron: que si la lluvia, que si el frío. ¿Una copa? ¿Un cigarro?

—Ella no fuma —contestó él—, pero yo te acepto uno.

Inesperadamente, las dietas y los ejercicios tomaron lugar en la conversación. El cuerpo ocupó de pronto un primer sitio. Él extendió los brazos. Ante la mirada del otro hombre, acarició con ambas manos los senos de su mujer sobre la blusa.

—Mira —dijo mientras hacía saltar un pezón entre sus dedos—, ¿se nota el ejercicio? ¿No? Compruébalo tú mismo.

Al oír eso, ella sintió el placer resbalando entre sus piernas. El joven acercó sus manos y las puso sobre los senos de la mujer. Estaban excitados. Jadeaban. Ella cerró los ojos un momento. Supo que al fin vería la otra cara de la bestia bicéfala que la había poseído ya en sus sueños.

Entrelazados en una danza sin ensayo, los tres cuerpos avanzaron hacia la recámara. Un desfile de prendas denunciaba su ruta: zapatos, cinturones, camisas... una blusa.

Con los ojos bien abiertos, ella gemía sin freno. Sudores y fluidos se confundieron en su lengua, en su piel. Alargaba las manos para rasguñar y estrujar a uno y a otro. Su boca no paraba de lamer y besar todas las partes de la bestia. Sintió entonces el peso de ese cuerpo con dos bocas, cuatro manos, cuatro piernas y dos miembros. Su bestia se materializaba, al fin tenía dos caras. Colmaron todas sus oquedades.

Descubrió que el placer de la primera vez se hacía perenne. Supo que cuantas veces cambiara el otro rostro de la bestia, sería... como la primera vez.

Parados frente a un teléfono público el placer humedecía sus ropas... esperando otra primera vez. LC